

# EL MITO DE LA SOCIEDAD URBANA

MANUEL CASTELLS \*

Con frecuencia los términos más usuales, los más "evidentes", cuando son mirados de cerca, son los más problemáticos, es decir aquellos cuyos efectos sociales alcanzan una mayor complejidad.

Así ocurre con la denominación de *sociedad urbana* que parece designar una realidad de todos conocida sin afirmar, por su sola expresión, ninguna hipótesis sustantiva. Pero lo propio de una ideología es justamente el presentarse como formando parte del orden normal de las cosas... Sin embargo, puede demostrarse que el uso no especificado de un tal "concepto" conlleva una carga interpretativa que sesga y organiza en un determinado sentido los análisis y estudios que a partir de él se hacen.

A fin de iniciar un debate sobre este problema, extremadamente teórico en apariencia pero de consecuencias muy concretas en la práctica diaria del investigador y del planificador urbano, creemos necesario reconstruir la formulación de las tesis en la "sociedad urbana" a partir de sus mejores exposiciones clásicas en el pensamiento social. De hecho, las expresiones del tema en los medios de comunicación de masas y en los informes técnicos no son sino vulgarización y desarrollo de un núcleo de proposiciones que, sistematizadas y argumentadas por diversos

autores de gran prestigio, prestan más seriamente a un análisis riguroso de su pertinencia teórica y de su eficacia social. Por ello, el costoso recorrido por algunas referencias clásicas de la producción socio-urbanística, puede ser un camino más rápido que la identificación, siempre parcial, de las infinitas variantes del tema en las expresiones ideológicas cotidianas.

En fin, algunas de las observaciones que hacemos podrían inducir a asimilar la temática de una sociedad urbana con corrientes ideológicamente identificadas al orden capitalista, cuando de hecho, la fuerza de un mito supera, a veces, las fronteras políticas. Por ello es necesario extender su análisis al de aquel pensamiento, de extracción marxista, que identifica también ciertas formas ecológicas y ciertos contenidos culturales, en una relación de causalidad, aún con una carga valorativa diferente.

Así, el reconocimiento de la estructura de un mito, el análisis de su eficacia social, parece superar la diversidad de las orientaciones ideológicas y se relaciona ante todo con los estragos por él producidos en la comprensión de la relación dialéctica entre espacio y sociedad.

Tratemos de precisar más concretamente el problema, antes de entrar de lleno en su tratamiento.

¿Es la ciudad, fuente alternativa de creación y de decadencia? ¿Hay que considerar

---

\* Profesor de sociología en la Ecole Pratique des Hautes Etudes (Sorbonne, París) y profesor-visitante en CIDU (Santiago de Chile).

lo urbano como estilo de vida y expresión de la civilización? ¿Sería el medio un determinante de las relaciones sociales? Es lo que podría deducirse de las formulaciones más difundidas en relación con los problemas urbanos: los bloques de viviendas alienan, el centro libera, las áreas verdes relajan, la gran ciudad es el reino del anonimato, el barrio produce la solidaridad, los tugurios originan criminalidad, las ciudades nuevas suscitan la paz social, etc.

Si existe un desarrollo acelerado de la temática urbana, esto se debe, en gran medida, a su fluidez que permite relacionar en su interior todo un conjunto de problemas experimentados pero no comprendidos, cuya identificación (como "urbanos") hace menos inquietantes: se puede así hacer cargar con las culpas a los defectos inherentes al marco de vida.

La ciudad, en el lenguaje de los tecnócratas, sirve de explicación, en forma de evidencia, a las transformaciones culturales que no llegan o que no pueden ser captadas y controladas. La transición de una "civilización rural" a una "civilización urbana", con todas sus resonancias de modernismo y sus secuelas de resistencia al cambio, establece el cuadro (*ideológico*) de los problemas de adaptación a las nuevas formas sociales. Concibiendo la sociedad como una unidad que evoluciona a través de las transformaciones de los valores que la fundamentan, sólo faltaría encontrar una fuente casi natural (la técnica más la ciudad) de esta evolución para impulsar la gestión de una sociedad sin clases (o natural y necesariamente dividida en clases, lo que viene a ser lo mismo) enfrentada con los desafíos y bloqueos que le impone su ritmo interno de desarrollo.

La ideología urbana es esta ideología específica que capta los modos y formas de organización social como característicos de una fase de la evolución social, estrechamente ligada a las condiciones técnico-naturales de la existencia humana y finalmente a su *forma o sistema de vida*. Esta ideología es la que, en última instancia ha proporcionado en gran medida la posibilidad de una "ciencia de lo urbano", comprendida como un espacio teórico definido por la especificidad de su objeto. En efecto, a partir del momento que se

piensa estar frente a una forma específica de organización social que sería la *sociedad urbana*, el estudio de sus características y de sus leyes se convierte en un punto crucial para las ciencias sociales y, por último, su análisis determina el estudio de aquellas otras esferas particulares de la realidad situadas al interior de esta forma social específica.

La historia de la "sociología urbana" muestra la estrecha relación entre el desarrollo de esta "disciplina" y la perspectiva culturalista que se encuentra en su base.

La consecuencia de este doble status de la ideología urbana es que en cuanto *ideología* se la puede analizar y explicar a partir de los efectos que produce, en tanto que como *ideología teórica* (que produce efectos no sólo en las relaciones sociales sino también en la práctica teórica) es necesario aprender a reconocerla en sus diferentes versiones a través de sus expresiones más rigurosas, las que le otorgan su "legitimidad", aún sabiendo que no son ellas su origen social. Como toda ideología teórica, la ideología urbana tiene una historia, que describiremos brevemente con el objeto de extraer y discutir sus aspectos esenciales.

## I. LAS TESIS SOBRE LA CULTURA URBANA

Cuando se habla de "sociedad urbana" no se trata de la simple constatación de una forma espacial. La "sociedad urbana" se define sobre todo, a partir de una determinada *cultura: la cultura urbana* en el sentido antropológico del término; es decir, un sistema de valores, normas y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de transformación. Ahora bien, no es inocente el calificativo de "urbano" ligado a la forma cultural así definida. Se trata de dar sentido a la hipótesis de la producción de la cultura por la naturaleza o, si se quiere, de un sistema específico de relaciones sociales (la cultura urbana) por un cuadro ecológico dado (la ciudad)<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cf. M. Castell, "Théorie et idéologie en sociologie urbaine", *Sociologie et Sociétés*, vol. I, N° 2, 1969, pp. 171-191.

Tal constitución está directamente relacionada con el pensamiento evolucionista-funcionalista de la escuela sociológica alemana, de Tonnies a Spengler, pasando por Simmel. En efecto, el modelo teórico de "sociedad urbana" ha sido concebido, sobre todo, en oposición a la sociedad rural analizando la transición de la primera hacia la segunda en los términos empleados por Tonnies, de evolución de la *forma comunitaria* hacia la forma *asociativa*, caracterizada sobre todo por la segmentación de roles, la multiplicidad de pertenencia y la preponderancia de relaciones sociales secundarias (a través de asociaciones específicas) sobre las primarias (contactos personales directos basados en la afinidad afectiva)<sup>2</sup>. Siguiendo esta reflexión, Simmel —cuya influencia en la "sociología americana" es cada vez mayor— llega a proponer un verdadero tipo ideal de civilización urbana definida ante todo en términos psico-sociológicos: partiendo de la idea (bastante durkheimiana) de una crisis de la personalidad sometida a un estímulo psíquico excesivo por la complejidad desmesurada de las grandes ciudades, Simmel deduce la necesidad de un proceso de fragmentación de las actividades y de una fuerte limitación de los compromisos del individuo en sus diferentes roles, única defensa posible contra un desequilibrio general motivado por la multiplicidad de impulsos contradictorios.

Entre las consecuencias que tal proceso provoca en la organización social, Simmel señala la formación de una economía de mercado y el desarrollo de grandes organizaciones burocráticas, instrumentos adecuados para la racionalización y despersonalización exigidas por la complejidad urbana. A partir de este hecho, el círculo se encierra en sí mismo, y puede ser comprendido el tipo humano metropolitano basado en su individualidad y siempre libre respecto a él<sup>3</sup>.

Ahora bien, si en la obra de Simmel se mantiene una ambigüedad entre una civilización metropolitana concebida como eventual fuente de desequilibrio social y un nuevo tipo de personalidad que se adapta a ella,

exacerbando su libertad individual, en sus profecías Spengler desarrolla ampliamente el primer aspecto y liga la cultura urbana a la última fase del ciclo de la civilización, en la que al romperse todo lazo de solidaridad, el conjunto de la sociedad debe autodestruirse a través de la guerra. Pero lo que es interesante en Spengler es la relación directa que establece por un lado entre las formas ecológicas y el "espíritu" de cada etapa de la civilización y, por otro lado, entre la "cultura urbana" y la "cultura occidental", que se manifestaría sobre todo en esta parte del mundo a través del desarrollo de la urbanización<sup>4</sup>. Como es sabido, Toynbee se basó en esta tesis para proponer la asimilación pura y simple entre el término de "urbanización" y el de "occidentalización" (westernización). La formulación de Spengler tiene, sin duda alguna, la ventaja de la claridad; es decir, llega hasta las últimas consecuencias en la perspectiva culturalista, basando las etapas históricas en un "espíritu" y enlazando la dinámica de éste a una especie de evolución natural e indiferenciada<sup>5</sup>.

El conjunto de estos temas fueron retomados con gran vigor por la Escuela de Chicago, en su versión culturalista, a partir de la influencia directa experimentada por Park, el fundador de esta escuela, durante sus estudios en Alemania. Fue a través de este sesgo que se fundó la sociología urbana, como ciencia de las nuevas formas de vida social que aparecieron en las grandes metrópolis. Para Park, se trataba ante todo de utilizar la ciudad, y particularmente la asombrosa ciudad del Chicago de los años 1920, como *laboratorio social*, como un lugar de emergencia de problemas más que una fuente de explicación de los fenómenos observados<sup>6</sup>.

4 Oswald Spengler, *The Decline of the West*, volumen II, George Allen and Unwin, Londres (publicó en 1928).

5 El texto de Max Weber, *La ciudad*, publicado primero en 1905 pero que en realidad forma parte de "Wirtschaft und Gesellschaft" posiblemente ha sido interpretado como una de las primeras formulaciones de la tesis de la cultura urbana. En realidad, en la medida que especifica enfáticamente las condiciones económicas y políticas de esta autonomía administrativa que caracteriza a la ciudad, según Weber, pensamos que se trata, por el contrario, de una localización histórica de lo urbano, en contraposición a las tesis evolucionistas de la corriente culturalista que hacen semejantes a la urbanización y a la modernización.

6 Cf. Robert E. Park, "The city: Suggestions for the Investigation of Humane Behavior in the Urban Environme-

2 Peter H. Mann, *An Approach to Urban Sociology*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1963.

3 Cf. surtont, Georg Simmel. "The Metropolis and Mental life", in Kurt Wolff (ef.) *The Sociology of Georg Simmel*, The Free Press of Glencoe, 1950.

Por el contrario, las proposiciones de su más brillante discípulo, Louis Wirth, se orientan fundamentalmente hacia la definición de los rasgos característicos de una *cultura urbana* y a la explicación de un proceso de producción a partir del contenido de esta forma ecológica particular que es la ciudad. Se trata probablemente del esfuerzo teórico más serio que se ha realizado en el interior de la sociología para establecer un objetivo teórico (y por consiguiente objeto de investigación) específico a la sociología urbana. Sus ecos, 33 años más tarde, dominan todavía la discusión sobre el tema. Esto nos compromete, por una vez, a intentar una exposición sucinta pero fiel de su perspectiva a fin de definir las tesis teóricas sobre la "cultura urbana" a través del más serio de sus pensadores.

Para Wirth <sup>7</sup>, el hecho característico de los tiempos modernos es la concentración de la especie humana en gigantescas aglomeraciones desde las cuales se difunde la civilización. Ante la importancia del fenómeno, es urgente establecer una *teoría sociológica de la ciudad*, que sobrepasa por un lado los simples criterios geográficos y, por otro, que no la reduzca a la expresión de un proceso económico, como por ejemplo la industrialización y el capitalismo.

Decir sociología para Wirth, equivale a centrarse en los seres humanos y en las características de su relación. A partir de esto, toda la problemática se centra en una definición y en una interrogante. Una definición sociológica de ciudad: una localización permanente, relativamente amplia y densa, de individuos *socialmente heterogéneos*. Una interrogante: cuáles son las nuevas formas de vida social que son producto de estas tres características esenciales de dimensión, densidad y heterogeneidad de las aglomeraciones humanas.

Son estas relaciones *causales* entre características urbanas y formas culturales que Wirth trata de establecer. Primero, en lo que

concierna a la *dimensión* de una ciudad: mientras más grande sea, mayor será la gama de variaciones individuales, y mayor será también la diferenciación social. Esto es lo que determina el debilitamiento de los lazos comunitarios, reemplazados por mecanismos de control formal y por la competencia social. Por otro lado, el aumento de las interacciones produce la segmentación de las relaciones sociales y provoca el carácter "esquizoide" de la personalidad urbana. Los rasgos distintivos de tal sistema de comportamiento son, entonces, el anonimato, la superficialidad, el carácter transitorio de las relaciones sociales urbanas, la anomía, la ausencia de participación. Esta situación trae consecuencias sobre el proceso—económico y sobre el sistema político: por un lado, la segmentación y el utilitarismo de las relaciones urbanas entrañan la especialización funcional de la actividad, la división del trabajo y la economía de mercado; por otra parte, ya que la comunicación directa se imposibilita, los intereses de los individuos no son defendidos sino por representación.

En segundo lugar, la *densidad* refuerza la diferenciación interna ya que paradójicamente mientras mayor es la proximidad física más distantes son los contactos sociales, a partir del momento que se hace necesario no comprometerse sino parcialmente en cada uno de los círculos de pertenencia.

Existe entonces yuxtaposición, sin mezcla de medios sociales diferentes, lo que entraña a todo lo que no esté ligado directamente con objetivos específicos de cada individuo.

Así, la cohabitación sin posibilidad de expresión real desemboca en la insociabilidad individual (para evitar el control social) y por consiguiente conduce a la agresividad.

Por su parte, la *heterogeneidad social* del medio urbano permite la fluidez del sistema de clases, y la elevada tasa de movilidad social explica que la afiliación a los grupos no sea estable, sino que esté ligada a una posición transitoria de cada individuo: existe entonces predominio de la *asociación* (basada en la afinidad racional del interés de cada uno) sobre la *comunidad* (definida por la pertenencia a una clase o status). Esta heterogeneidad social es acorde también con la

ment", in Robert E. Park, Ernest W. Burgess, Roderick D. McKengie, *The City*, The University of Chicago Press, 1925.

<sup>7</sup> Louis Wirth, "Urbanism as a way of life", *American Journal of Sociology*, XLIV, Juillet 1938, p. 124; para una selección de la obra de Wirth, cf. la colección de textos: *On Cities and Social Life*, The University of Chicago Press, Chicago, 1964.

diversificación de la economía de mercado y con la expresión política a través del flujo cambiante de los movimientos de masas.

Por último, la diversificación del medio y de las actividades dentro de la ciudad provoca una fuerte desorganización de la personalidad, lo que explica la progresión del crimen, del suicidio, de la corrupción y de la locura en las grandes metrópolis.

A partir de las perspectivas así trazadas, la ciudad recibe un contenido cultural específico y se convierte en variable explicativa. Y la cultura urbana se presenta como modo de vida (*urbanism as a way of life*).

Lo esencial de las tesis relativas a la cultura urbana propiamente dicha no constituyen sino variaciones sobre las proposiciones de Wirth. De todos modos, ellas han sido ampliadas como instrumentos de interpretación evolucionista de la historia humana, a través de la teoría desarrollada por Redfield, del "Folk-Urban Continuum" \*, cuya resonancia ha sido enorme en la sociología del desarrollo <sup>8</sup>.

En efecto, Redfield retorna la dicotomía rural/urbano reemplazándola por una perspectiva de evolución ecológico-cultural a través de la identificación que opera con la dualidad tradicional/moderna y "folk/urban". Con la diferencia de que, partiendo de una tradición antropológica, concibe la sociedad urbana en relación a una caracterización previa de la sociedad "folk": se trata de una sociedad de dimensión restringida, aislada, analfabeta, homogénea, con un sentido extremadamente fuerte de solidaridad de grupo. Sus formas de vida están codificadas dentro de un sistema coherente denominado "cultura". La conducta que predomina es tradicional, espontánea, acrílica y personal; no existe legislación, ni hábito de experimenta-

ción y reflexión con fines intelectuales. El sistema de parentesco, sus relaciones e instituciones se derivan directamente de las categorías de la experiencia, y la unidad de acción es el grupo familiar. Lo sagrado domina lo secular, la economía es mucho más un factor de status que un elemento de mercado. El tipo urbano, se define, por oposición simétrica sobre el conjunto de factores enumerados, centrándose entonces sobre la desorganización social, la individualización y la secularización. La evolución de un polo hacia otro se produce casi naturalmente por el aumento de la heterogeneidad social y de las posibilidades de interacción a medida que la sociedad crece; también la pérdida del aislamiento, provocada por el contacto con otra sociedad y/o con otra cultura, acelera considerablemente el proceso. Esta construcción siendo un tipo ideal, no corresponde plenamente a ninguna sociedad, pero toda sociedad se ubica en alguna parte a lo largo de este continuum, de modo que los diferentes rasgos enunciados continúan en distintas proporciones siguiendo el grado de evolución social. Esto indica claramente que estas características definen el eje central de la problemática de sociedades y que, en consecuencia, la densificación progresiva de una colectividad, con la complejidad social que provoca, es el motor natural de la evolución histórica, lo que se expresa materialmente a través de formas de ocupación del espacio. Así las críticas de Oscar Lewis a la tesis de Redfield, demuestran lo que la comunidad "folk" que había servido a éste de primer terreno de observación, estaba de hecho convulsionada por conflictos internos y que las relaciones mercantiles ocupan un lugar importante, a pesar de su interés, ya que la teoría del continuum folk-urbano tiende, más que a describir una realidad, a definir los elementos esenciales de una problemática del cambio social <sup>9</sup>.

Por el contrario, la crítica fundamental de Dewey ("El continuum rural-urbano: un hecho real pero sin gran importancia") <sup>10</sup>, cues-

\* "Tolk" parece ser intraducible de forma exacta al español. Equivale a "sociedad primitiva", pero en el sentido específico definido por Redfield.

<sup>8</sup> Cf. Robert Redfield, "The folk Society", *American Journal of Sociology*, Janvier 1947, p. 294; Robert Redfield et Milton Singer, "The cultural Role of Cities", *Economic Development and Cultural Change*, vol. IV, 1954; et surtout Robert Redfield, *The Folk Culture of Yucatan*, University of Chicago Press, 1941; Horace Miner, "The Folk-Urban Continuum", *American Sociological Review*, vol. 17, Octobre 1952, pp. 529-537.

<sup>9</sup> Oscar Lewis, "Tepoztlan Restudied: A. Critique of the Folk-Urban Conceptualization of Social Changes", *Rural Sociology*, vol. 18, 1953, pp. 121-134.

<sup>10</sup> Richard Dewey, "The Rural-Urban Continuum: Real but Relatively Unimportant", *American Journal of Sociology*, vol. LXVI, 1, Juillet 1960, pp. 60-67.

tiona más profundamente la perspectiva al señalar que si efectivamente existen diferencias entre la ciudad y el campo, ellas no son sino la expresión empírica de una serie de procesos que producen, al mismo tiempo, toda una serie de efectos específicos en otros niveles de la estructura social. En otros términos, hay una variación concomitante entre la evolución de formas ecológicas y formas culturales y sociales, sin que pueda afirmarse, por eso, que esta covariación sea sistemática ni, sobre todo, que las segundas sean producto de las primeras. La demostración es que puede haber difusión de la "cultura urbana" en el campo, sin que por eso se esfume la diferencia de formas ecológicas entre las dos. Sería preciso, pues, en consecuencia, conservar en la tesis del continuum "folk-urbano" su carácter descriptivo, más que hacer de ella una teoría general de la evolución de las sociedades.

Esta crítica hecha por Dewey es una de las escasas en la literatura que apuntan al fondo del problema, ya que en general la discusión sobre la cultura urbana, tal como ha sido formulada por Wirth y Redfield, se ha convertido solamente en una pura cuestión empírica, que trata de establecer la existencia o inexistencia histórica de tal sistema añadiendo una discusión sobre los prejuicios antiurbanos de la escuela de Chicago, pero sin sobrepasar el terreno culturista en el que la problemática había sido definida. Así, autores como Scott Creer<sup>11</sup> o como Dhooghe<sup>12</sup> señalan la importancia de las nuevas formas de solidaridad social dentro de las sociedades modernas y dentro de las grandes metrópolis, poniendo de relieve los prejuicios románticos de la escuela de Chicago, incapaz de concebir el funcionamiento de una sociedad que no sea bajo la forma de una integración comunitaria que fue preciso evidentemente reservar a las sociedades primitivas y poco diferenciadas. Activando el debate, otros sociólogos han tratado de renovar lo expuesto en las tesis Wirth, ya sea en el plano teórico, como Anderson<sup>13</sup>, o en el de la "verificación"

11 Scott Creer, *The Emerging City*, The Free Press of Glencoe, 1962.

12 J. Dhooghe, "Tendances actuelles en sociologie urbaine", *Social Compass*, vol. 9, N° 3, 1961, pp. 199-209.

13 Nels Anderson, "The Urban Way of Life", *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 3, N° 2, 1962, pp. 175-189.

empírica, por enésima vez, como ha intentado enterman, por citar uno de los más recientes ejemplos<sup>14</sup>.

Más serias son las objeciones planteadas con respecto a las eventuales conexiones causales entre las formas espaciales de la ciudad y el contenido social característico de la "cultura urbana". A nivel empírico, Reiss ha demostrado hace tiempo la independencia estadística (en las ciudades norteamericanas) entre la "cultura urbana" y el tamaño y densidad de la población<sup>15</sup>. Más aún, Duncan en una amplia encuesta no ha encontrado correlación entre el tamaño de la población por una parte, y el ingreso, los grupos de edad, la movilidad, la escolaridad, tamaño de la familia, composición racial y étnica, población activa, o sea, todos aquellos factores que debieran especificar un contenido "urbano"<sup>16</sup>. Por su parte, la gran encuesta histórica de Sjoberg<sup>17</sup> sobre ciudades preindustriales muestra la diferencia total de contenido social y cultural entre estas "ciudades" y las "ciudades" del renacimiento de la industrialización capitalista o de regiones metropolitanas actuales.

Ledrut ha hecho notar en detalle y ha mostrado específicamente los diferentes tipos históricos de formas urbanas, con contenidos sociales y culturales extremadamente diferentes y que no se sitúan en un continuum, ya que se trata de expresiones espaciales y sociales cualitativamente diferentes unas en relación con otras<sup>18</sup>.

Entonces, siguiendo las tesis de Max Weber<sup>19</sup> y Leonard Riessman<sup>20</sup>, es preciso reservar el concepto de ciudad a cierto tipo de organizaciones espaciales definidas sobre todo en términos culturales (las ciudades del rena-

14 Stanley S. Guterman, "In Defense of Wirth's Urbanism as a way of Life", *American Journal of Sociology*, vol. 74, Mars 1969, pp. 492-499.

15 O. D. Duncan et Albert J. Riess, *Social characteristics of Urban and Rural Communities*, New York, John Wiley, 1956.

16 O. D. Duncan et Reiss, op. cit. (1956).

17 Gideon Sjoberg, "Cities in Developing and in Industrial Societies; A cross-cultural Analysis", dans Ph. Hanser et Leo F. Schnore (eds.), op. cit. (1965), pp. 213-265.

18 Cf. Raymond Ledrut, *Sociologie Urbaine*, PUF, Paris, 1968, Chapitre I.

19 Max Weber, op. cit., 1905.

20 Leonard Riessman, *The Urban Process*, Free Press, New York, 1964.

cimiento o las ciudades "modernas", es decir capitalistas avanzadas).

Convengamos en ellas, pero entonces ello implica un desplazamiento abierto hacia una definición puramente cultural de lo urbano, fuera de toda especificidad espacial. Ahora bien, esta fusión-confusión entre la connotación de cierta forma ecológica y la asignación de un contenido cultural específico, es la que se halla en la base de toda problemática de la cultura urbana. Es suficiente examinar las características propuestas por Wirth para comprender que lo que se denomina "cultura urbana" corresponde más bien a cierta realidad histórica; el modo de organización social ligado a la industrialización capitalista, en particular en su fase competitiva. Esta no se define entonces sólo por oposición a lo rural, sino por un contenido específico que le es propio, sobre todo en un momento en que la urbanización generalizada y la interpretación de ciudades y campo dificultan su distinción empírica. Un análisis detallado de cada uno de los rasgos que lo caracterizan mostraría, sin dificultad, el vínculo causal gradualmente sucesivo, entre la matriz estructural característica del modo de producción capitalista, y el efecto producido sobre ciertos dominios de comportamiento. Por ejemplo, la famosa "segmentación de roles" en la base de la complejidad social "urbana" está directamente determinada por el status de "trabajador libre" cuya existencia Marx mostró como necesaria para asegurar una rentabilidad máxima de la utilización de la fuerza de trabajo. El predominio de "relaciones secundarias" sobre las "primarias" así como la individualización acelerada de las relaciones, manifiestan también esta necesidad económica y política de nuevos modos de producción para convertir en "ciudadanos libres e iguales" los soportes respectivos de los medios de producción y de la fuerza de trabajo <sup>21</sup>. En consecuencia, sin que se pueda desarrollar aquí un sistema completo de determinaciones de formas culturales en nuestras sociedades, el objetivo de nuestras observaciones sería únicamente el desplazar el contenido social caracterizado de

este modo, apartándolo de un análisis en términos de lo *urbano*.

Sin embargo, una objeción importante podría señalarse en contra de esta interpretación de la cultura urbana. Ya que las ciudades soviéticas, no capitalistas, presentan rasgos análogos a los de las sociedades capitalistas, ¿nos encontramos en presencia de un tipo de comportamiento ligado a la forma ecológica urbana? La respuesta puede ser hecha a dos niveles: efectivamente, si se entiende por capitalismo la propiedad privada jurídica de los medios de producción, este aspecto no es suficiente para basar una distinción del sistema cultural. Pero en realidad, empleamos el concepto "capitalismo" en el sentido empleado por Marx en "El Capital": matriz particular de distintos sistemas en la base de una sociedad (económica, política e ideológica). De todos modos, aún en una definición vulgar de capitalismo, la semejanza de tipos culturales no se debería a la existencia de una misma forma ecológica, sino a la complejidad social y técnica que se encuentra en la base de la heterogeneidad y de la concentración de las poblaciones. Se trataría más bien de una "cultura industrial". El hecho tecnológico de la industrialización sería de este modo el mayor elemento determinante de la evolución de formas sociales. Se aproximaría más así a las tesis sobre la sociedad industrial destacadas por Raymond Aron.

Pero, por otro lado, si uno se atiene a una definición científica de capitalismo, lo que se puede afirmar es que en las sociedades históricamente dadas, donde los estudios han sido hechos en relación a la transformación de relaciones sociales, la articulación del modo de producción dominante, denominada capitalismo, puede dar cuenta de la producción de tal sistema de relaciones y, a la vez, de una nueva forma ecológica.

La constatación de comportamientos similares en las sociedades donde puede presumirse que el modo de producción capitalista no es dominante (como, por ejemplo, la sociedad soviética), no invalida el hallazgo anterior, ya que es necesario rechazar la burda dicotomía capitalismo/socialismo como instrumento teórico. Por el contrario, esto promueve una interrogante y exige una investigación que debería tener por objetivo: a) determi-

21 Cf. los análisis de Nicos Poulantzas sobre la determinación social del estatuto jurídico e ideológico del ciudadano, en *Pouvoir politique et classes sociales en el Estado capitalista*, Maspero, París, 1988, pp. 299 y siguientes.

nar si efectivamente el contenido real y no sólo el formal de esos comportamientos es el mismo; b) observar cuál es la articulación concreta de los distintos modos de producción en la sociedad soviética, ya que, indiscutiblemente, el modo de producción capitalista se encuentra allí presente, aun cuando no sea dominante; c) establecer los contornos del nuevo modo de producción postcapitalista, ya que si bien la teoría científica del modo de producción capitalista ha sido en parte elaborada (en "El Capital"), falta su equivalente para el modo de producción socialista, que aún ahora es en gran medida un término ideológico; d) elaborar una teoría del paso entre la articulación concreta de los diversos modos de producción en la sociedad soviética y los sistemas de comportamiento.

Es evidente que en este momento la problemática de la cultura urbana deja de tener importancia. Sin embargo, en atención a tal tipo de investigación podemos decir, intuitivamente, que existen determinantes tecnológicos similares que pueden desembocar en comportamientos similares y que esta afirmación se refuerza por la presencia viviente de elementos estructurales capitalistas: que las analogías formales del comportamiento carecen de sentido si no están referidas a la estructura social a la cual pertenecen. Porque, siguiendo esta vía de razonamiento, se podría llegar a afirmar la uniformidad de sociedades por el hecho que todo el mundo come y duerme más o menos regularmente.

Ahora bien, ¿por qué no aceptar la denominación de "cultura urbana" para designar el sistema de comportamiento ligado a la sociedad capitalista? Porque, tal como nosotros hemos señalado, esta denominación conlleva implícita la hipótesis de la producción de esas formas culturales por una forma ecológica particular que sería la ciudad. Ahora bien, es suficiente reflexionar algunos instantes para superar el absurdo de una teoría del cambio social basada en el desarrollo de la complejidad social a partir de la simple densificación de colectividades humanas. En efecto, jamás ha habido y no pueden haber en la evolución social fenómenos en términos puramente físicos, por ejemplo de "tamaño". Toda evolución de la dimensión y de la diferenciación de un grupo social es producto y expresión de una estructura social y de sus leyes

de transformación. En consecuencia, la mera descripción del proceso no nos ilustra sobre el complejo técnico-social (por ejemplo sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción) que es parte de dicha transformación.

Existe entonces producción *simultánea* y *concomitante* de formas sociales en sus diferentes dimensiones y en particular en su dimensión espacial y en su dimensión cultural. Se puede plantear el problema de la interacción entre ellas, pero no se puede partir de la proposición según la cual una forma producirá la otra. Las tesis sobre la cultura urbana se han desarrollado dentro de una perspectiva empirista en la cual se ha considerado como fuente de producción social lo que ha sido el marco. Otro problema, *nuestro problema*, es saber cuáles son el lugar y las leyes de articulación de este "cuadro", es decir, las formas espaciales, en el conjunto de la estructura social. Pero para poder tratar este aspecto es necesario en primer lugar superar una apreciación global de esta sociedad urbana entendida como punto de llegada de la historia a la modernidad. Pues si bien es cierto que para identificar los nuevos fenómenos, se les ha denominado haciendo referencia a su lugar de existencia, no queda sino aceptar que la cultura urbana, tal como ha sido formulada, no es ni un concepto ni una teoría. Es propiamente hablando un *mito*, pues relata ideológicamente la historia de la especie humana. Consecuentemente, los temas sobre la "sociedad urbana", que se basan directamente en este mito, constituyen las pautas claves de una ideología de la modernidad asimilada de manera etnocéntrica a las formas sociales del capitalismo liberal.

Estos temas "vulgarizados" han tenido y tienen todavía una enorme influencia en la ideología del desarrollo y en la "sociología espontánea" de los tecnócratas. Por un lado, el paso de la sociedad "tradicional" a la sociedad "moderna"<sup>22</sup> es la transcripción pura y simple de las relaciones interiores del sistema imperialista en los términos de la problemática del "continuum folk-urbano".

Por otro lado, la "cultura urbana" se en-

<sup>22</sup> D. Lerner, *The Passing of Traditional Society*, Free Press, New York, 1958.



cuentra en la base de toda una serie de reflexiones que tienen lugar en el análisis de la evolución social en el pensamiento de las élites dirigentes occidentales, y que por consiguiente son difundidas en gran medida a través de los medios de comunicación de masa y forman parte del ambiente ideológico cotidiano.

Ahora bien, si está claro que existen especificidades culturales en los diferentes medios sociales, es evidente también que el desnivel no sobrepasa la separación campo-ciudad y la explicación de cada modo de vida exige articularla al conjunto de una estructura social, sin limitada a la mera correlación empírica entre un contenido cultural y su asidero espacial.

Porque de lo que se trata es ni más ni menos que del análisis del proceso de producción social de los sistemas de representación y comunicación, o si se quiere de la superestructura ideológica.

Si estas tesis de la "sociedad urbana" tienen tal difusión es justamente porque permiten escamotear un estudio de la emergencia de las formas ideológicas a partir de las contradicciones sociales y de la división en clases. La sociedad, así parecería unificarse y desarrollarse de manera orgánica suscitando tipos globales que se oponen al pasado o al futuro, en términos de desniveles, pero jamás en el interior de una misma estructura social, en términos de contradicciones, lo que no es obstáculo para apiadarse de la "alienación de este hombre unificado" aprisionado por las coacciones naturales y técnicas que impiden la expansión de su creatividad.

La ciudad, en tanto es a la vez expresión compleja de la organización social y medio determinado por contradicciones técnicas bastante rígidas, se convierte en centro de creación y lugar de opresión por las fuerzas técnico-naturales que suscita. Así, la eficacia social de esta ideología parece radicar en ser aquella que *describe* los problemas cotidianos vividos por la gente, al mismo tiempo que propone una interpretación en términos de evolución natural de donde está ausente la división en clases contradictorias. Lo que tiene la fuerza de lo concreto y el afecto tranquilizante de una sociedad integrada cerrando filas en torno a sus problemas comunes.

## II. DE LA CULTURA URBANA A LA REVOLUCIÓN URBANA

"Mucho antes que yo, los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de la lucha de clases y los economistas burgueses habían expuesto su anatomía económica. Lo que hice de novedoso fue: 1) demostrar que la existencia de clases está directamente ligada a las fases del desarrollo histórico determinado de la producción; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta dictadura en sí misma no constituye sino la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases." (Karl Marx, carta, 1852).

La ideología urbana tiene una fuerte rai-gambre social. No está limitada a la tradición académica o a los medios del urbanismo oficial. Está sobre todo en el cerebro de las personas. Llega incluso a penetrar en el pensamiento de aquellos que parten de una reflexión crítica de las formas sociales de la urbanización. Y es ahí donde hace los mayores estragos ya que abandona el tono integrador y comunitario, para convertirse en razonamiento sobre las contradicciones. Sobre las contradicciones urbanas. Ahora bien, este desplazamiento deja intactos los problemas teóricos que acaban de destacarse, añadiendo nuevos problemas, *políticos*, mucho más graves. Tal ductibilidad en la tonalidad, demuestra muy bien el carácter ideológico del tema de la "sociedad urbana", que puede ir a "izquierda o a derecha" según las preferencias, sin cambiar otra cosa que el sentimiento positivo o negativo que posee, reconociendo en todo caso a la sociedad urbana como un tipo histórico específico con caracteres bien definidos y juzgándola así mismo como el punto de llegada en la evolución humana.

La expresión más brillante de esta "versión de izquierda" de las tesis ideológicas sobre la sociedad urbana, es sin duda el pensamiento urbanístico del que ha sido uno de los más grandes teóricos del marxismo contemporáneo, Henri Lefebvre. Al aplicar un poder intelectual como el suyo a la problemática urbana, debían producir necesariamente efectos decisivos en ese campo, no solamente en términos de influencia, sino en términos

de descubrir nuevas rutas, de detectar nuevos problemas, de proponer hipótesis.

Sin embargo, la problemática termina por absorber al pensador y partiendo de un *análisis marxista del fenómeno urbano*, va a desembocar, a través de una evolución bastante curiosa, a una *teorización urbanística de la problemática marxista*.

En este sentido, por ejemplo, una vez definida la sociedad emergente como urbana, la revolución también, la nueva revolución lógicamente, se convierte en *urbana*. ¿En qué sentido? Tratemos de precisar las cosas, pues nos encontramos ante un pensamiento complejo, lleno de matices y modulaciones teórico-políticas, que no puede ser tomado como un todo coherente. Pero hay sin embargo, si se le examina atentamente, y a pesar de su carácter abierto y asimétrico, un núcleo de proposiciones del cual se desprenden los ejes centrales del análisis. Resumiremos brevemente y lo más fielmente posible este núcleo, para estar en condiciones de discutir *concretamente* sus principales implicaciones para el estudio de la urbanización, e indirectamente para el *marxismo*.

A pesar de la diversidad y amplitud del pensamiento de Lefebvre, que representa sin duda el esfuerzo intelectual más profundo que se ha hecho para comprender los problemas urbanos *actuales*, se dispone (a comienzos de 1971) de tres textos que permiten comprenderlo: una compilación de sus escritos sobre el problema, que abarca los textos más importantes hasta 1969: "De lo rural a lo urbano" (al cual nos referiremos más adelante como DRU)<sup>24</sup>; un pequeño libro polémico, *El derecho a la ciudad*, 1968 (DV)<sup>25</sup>; y, sobre todo, la primera exposición de conjunto sobre el problema en *La revolución urbana*, 1970 (RU)<sup>26</sup>; finalmente, un pequeño texto no publicado, "La ciudad y lo urbano", 1971 (VU), que resume en forma muy clara las tesis principales<sup>27</sup>. Hemos cuidado en es-

tablecer minuciosamente el conjunto de nuestras referencias bibliográficas, aunque esto haga engorrosa la presentación.

El planteamiento urbanístico de Lefebvre se construye sobre una hipótesis según la cual la crisis de la realidad urbana es más importante y central que ninguna otra" (VU, p. 3).

Esta crisis, que ha existido siempre en estado latente, ha estado oculta, incluso detenida, si se quiere, por otras urgencias en particular durante el período de la industrialización: por un lado por el "problema de la vivienda"; por otro, por la organización industrial y la planificación global. Pero, finalmente, esta temática se impone cada vez más porque el "desarrollo de la sociedad no puede ser concebido sino en la vida urbana, por la realización de la sociedad urbana" (DV, p. 158).

Pero, ¿qué es esta "sociedad urbana"? Este término "designa la tendencia, la orientación, lo virtual, más que un hecho acabado"; ella resulta a la vez de la urbanización completa de la sociedad y del término de la industrialización (se la podría llamar también, sociedad) y del término de la industrialización (se la podría llamar también, sociedad post-industrial (RU, pp. 8, 9).

Esto constituye un punto clave en este análisis: la sociedad urbana (en la que el contenido social define la urbanización como proceso, más bien que a la inversa) es producto de un despliegue histórico que Lefebvre concibe como un modelo de secuencia dialéctica. En efecto, la historia humana se define por la sucesión *confusa* de tres áreas, campos o continentes: *el agrario, el industrial, el urbano*.

La ciudad política de la primera fase, cede el lugar a la ciudad comercial, que a su vez es barrida por el movimiento de industrialización, que niega la ciudad; pero al término del proceso, la urbanización generalizada suscitada por la industria, reconstituye la ciudad en un nivel superior: es así como lo urbano sobrepasa la ciudad, que lo contiene en germen, pero sin poder hacerlo brotar por sí misma. Por el contrario, el reino de lo urbano le permite convertirse en causa e inductor (RU, p. 25).

24 Henri Lefebvre, *Du rural a l'urbain*, Anthropos, París, 1970.

25 Henri Lefebvre, *Le droit a la ville*, Anthropos, París, 1968.

26 Henri Lefebvre, *La révolution urbaine*, Gallimard, París, 1970.

27 Henri Lefebvre, "La ville et l'urbain" a paraître dans la revue *Espaces et Sociétés*, en 1971.

En esta evolución hay dos fases críticas: la primera es la subordinación de la agricultura a la industria; la segunda, que se vive actualmente, es la subordinación de la industria a la urbanización, coyuntura que da sentido a la expresión "revolución urbana", concebida como "el conjunto de transformaciones que sufre la sociedad contemporánea para pasar del período en que predominan los problemas de crecimiento e industrialización, al período al que la llevará decisivamente la problemática urbana, en el que la búsqueda de soluciones y modalidades propias a la *sociedad urbana*, pase a primer plano" (RU, p. 13).

Pero lo que es significativo es que estos *campos*, o etapas en la historia humana (lo que los marxistas llamarían los Modos de Producción) no son definidos por formas (espaciales) o *técnicas* (agricultura, industria); ante todo, son "nidos de pensamiento, de acción, de vida" (RU, p. 47). La evolución aparece más clara si se apareja cada área con un contenido propiamente social,

Necesidad — Rural  
 Trabajo — Industrial  
 Placer — Urbano (RU, p. 47)

Lo urbano, nueva era de la humanidad (RU, p. 52) sería así la liberación de los determinismos y apremios de las fases anteriores (RU, p. 43). Es, verdaderamente, el resultado de la historia, en el límite de una posthistoria. En la tradición marxista, se diría "el comunismo..." Verdadera *epistemé* de una época final (en cuyo umbral estaríamos viviendo actualmente), lo urbano se realiza y se expresa antes que nada por un nuevo humanismo, un humanismo concreto, definido en el tipo de *hombre urbano* "por quien y para quien la ciudad y su propia vida cotidiana en la ciudad llega a ser obra, apropiación, valor de uso" (DV, p. 163). (Cf. para el desarrollo del conjunto de la problemática en términos de transformaciones históricas: RU, pp. 13, 25, 43, 47, 52, 58, 62, 80, 99, 100, etc.).

Está claro que este análisis se refiere a un tipo histórico de sociedad, la *sociedad urbana*, definida por un contenido cultural preciso ("un modo de vida, de acción"), como ha sido el caso de las tesis sobre la cultura

urbana o sobre la sociedad urbana moderna, *aún si el contenido difiere*. En efecto, lo esencial es la identificación que se hace entre una forma, *lo urbano*, y un contenido: para unos, la sociedad capitalista competitiva; para otros, la sociedad tecnocrático-moderna; para Lefebvre, el reino de la libertad y del nuevo humanismo.

En un primer nivel de crítica, podría discutirse la concepción libertaria y abstracta que tiene Lefebvre del reino de la sociedad posthistórica o comunista, que parece en gran medida derivada de un proceso concreto de construcción de nuevas relaciones sociales a través de la transformación revolucionaria de diferentes instancias, económica, política, ideológica, por medio de la lucha de clases; es decir, de la *dictadura del proletariado*. Pero este debate, en esencia, no haría más que reproducir los argumentos teóricos esgrimidos, durante más de un siglo, por el marxismo contra el anarquismo, debate que la historia del movimiento obrero ha superado con mucho más fuerza de la que podría tener una rigurosa demostración... No teniendo la pretensión de agregar nada nuevo a una polémica ampliamente superada por la práctica política (el espontaneísmo autodestruyéndose siempre por su incapacidad teórica de *dirigir* el proceso de la realidad), no tendríamos nada que decir a la insistencia de las utopías milenarias en el pensamiento de Lefebvre... Está en su derecho si quiere bautizar de "urbana" la sociedad utópica donde no existiría represión a la libre expresión del deseo (RU, p. 235) y de imponerles la etiqueta de urbano a las transformaciones culturales, aún mal identificadas, que surgen en las metrópolis imperialistas. Pero todo el problema consiste en: que la denominación de urbano (como para la "cultura urbana") no es inocente; ella lleva implícita la hipótesis de que un contenido social (lo urbano) es producto de una forma transhistórica (la ciudad) y que, más aún, expresa toda una concepción general de la producción de las relaciones sociales, es decir, es, en definitiva, una teoría del cambio social, una *teoría de la revolución*. Pues "lo urbano", más que una utopía libertaria, tiene un contenido relativamente preciso en el pensamiento de Lefebvre: se trata del *centralismo*, o mejor aún, de la *simultaneidad*, del *conjunto* (RU, pp. 159,

164, 174; VU, p. 5). Lo que es característico en el espacio urbano, es "que siempre pasa algo" (RU, p. 174), es el lugar en que lo efímero domina más allá de la represión. Pero esto "urbano", que no es más que la espontaneidad creadora liberada, *es producto*, no del espacio ni del tiempo, sino que de una *forma* generadora del objeto virtual, que es lo urbano (RU, p. 164). Esta forma que no es ni el objeto ni sujeto, está definida ante todo por la dialéctica del centralismo, o de su negación (la segregación, la dispersión, la periferia). Estamos entonces ante tesis muy próximas a las de Wirth en lo que concierne al mecanismo de producción de las relaciones sociales. Es la densidad, el calor de la reunión que, al aumentar la interacción y la comunicación, favorecen la libre expresión, lo imprevisto, la alegría, la sociabilidad y a la vez el deseo. Para poder justificar este mecanismo de producción de la sociabilidad (que se relaciona directamente con el organicismo), Lefebvre debe esgrimir una hipótesis mecanicista que en nada justifica: la que señala que "las relaciones sociales se revelan en la negación de la distancia" (RU, p. 159). y es esto lo que constituye finalmente la esencia de lo urbano. Pues la ciudad, aunque nada crea, al centralizar las creaciones, les permite surgir. Sin embargo, Lefebvre es consciente del carácter excesivamente burdo de la tesis según la cual la simple aglomeración espacial permite la eclosión de nuevas relaciones, hasta entonces sofocadas, como si no hubiese organización social ni institucional fuera de la distribución del espacio. Por esto, él agrega una condición: *que esta integración escape a toda represión*, lo que él llama en definitiva, *el derecho a la ciudad*. Pero, al introducir este correctivo, se rompe toda relación causal entre la *forma* (la ciudad) y la *creación humana* (lo urbano) pues, si pueden haber ciudades represivas y libertad sin lugar (utopías), significa que las determinaciones sociales de esta inactividad, la producción de las condiciones para que emerja la espontaneidad, suceden más que a través de las *formas*, de otro modo, como por ejemplo, a través de una práctica política. ¿Qué sentido le queda entonces a la formulación del problema de la libertad en términos de lo urbano?

Se podrían agregar numerosas observacio-

nes sobre el error teórico e histórico de la supuesta determinación del *contenido* por la *forma* (hipótesis estructuralista, si la hay), comenzando por constatar que se trata de una *correlación*, que es preciso aún teorizar, e insertar dentro de un análisis de la estructura social en su conjunto. Y aún así, ocurre que esta correlación revela ser *empíricamente falsa*. Así, cuando Lefebvre habla de urbanización generalizada, incluyendo Cuba y China, demuestra ser completamente ignorante de datos estadísticos e históricos de los procesos que describe, en particular en relación a China, donde el crecimiento urbano se ha limitado al crecimiento natural de las ciudades sin emigración del campo y donde se asiste a un desplazamiento masivo permanente hacia *el* campo, reforzado por la constitución de las comunas populares como formas que integran ciudades y campos. Aunque la ausencia de información sobre las experiencias china, cubana y vietnamita, no permite establecer conclusiones demasiado categóricas, sí permite desde luego rechazar la seguridad con que se postula la generalización de lo urbano como forma única sin establecer diferencias entre el capitalismo y socialismo... Pues, lo urbano al constituir para Lefebvre una "fuerza productiva", tiende a superar la teoría de los modos de producción, relegada al rango del "dogmatismo marxista" (RU, p. 220) y a reemplazarla por una *dialéctica de las formas* como explicación del proceso histórico.

Así, por ejemplo, la lucha de clases parecería considerarse aún como motor de la historia. Pero *¿qué lucha de clases?* Para Lefebvre la *lucha urbana* (comprendida a la vez, en relación a un espacio y como vector de un proyecto de libertad) juega un papel determinante en las contradicciones sociales, incluso en la lucha obrera. Por ejemplo, la Comuna de París se convierte en una "práctica urbana revolucionaria" en la cual los "obreros desplazados del centro hacia la periferia, retoman el camino de este centro ocupado por la burguesía"... y corresponde a Lefebvre preguntarse "¿cómo y por qué la Comuna no fue concebida como *revolución urbana*, sino como revolución hecha por el proletariado industrial tendiendo a la industrialización, lo que no corresponde a la verdad histórica?" (RU, pp. 148, 149). La opo-

sición entre *formas*, sin contenido estructural preciso (la industria, lo urbano), permite este juego de palabras según el cual una revolución proletaria debe tender a la industrialización, mientras que una revolución urbana se centra en la ciudad. El hecho de que el Estado sea para Lefebvre también una forma (siempre equivalente a represión, cualquiera que sea su contenido de clase) da lugar a esta confusión, pues al ser el poder político al núcleo central de todo proceso revolucionario, el eludírsele, lo sitúa en una oposición interminable entre todas las *formas* posibles de la lucha de clases (industrial, urbana, agraria, cultural, etc.), eludiendo un análisis de las *contradicciones sociales* que son su fundamento.

Esta perspectiva, llevada hasta sus últimos extremos, conduce incluso a consecuencias políticamente peligrosas que parecen estar fuera del espíritu de Lefebvre, aunque bastante cercanas a la letra de sus escritos. Así, por ejemplo, cuando el análisis del proceso de urbanización le permite afirmar que "la visión o concepción de la lucha de clases a escala mundial parece superada hoy día. La capacidad revolucionaria de los campesinos no se acrecienta, más bien ésta se reabsorbería, aunque desigualmente" (RU, p. 152), oponiendo a la ceguera del movimiento obrero, la clarividencia, sobre este tema, de las novelas de ciencia-ficción (RU, 153)... o, ¿aun cuando se propone suplantar por la *praxis urbana* una *praxis industrial* ahora realizada? Es una manera elegante de hablar del fin del proletariado (RU, 184), lo que conduce a la tentativa de *crear* verdaderamente una nueva estrategia política a partir, no de estructuras de dominación, sino que de la alienación de la vida cotidiana.

Se sugiere aún que la clase obrera carece de alcance político porque no propone nada en materia de urbanismo (RU, p. 245). Sin embargo, ésta sigue siendo un agente esencial pero que debe recibir el sentido de la obra del exterior. ¿Vuelta al leninismo? Jamás: las fuentes que podrían guiar las opciones de la clase obrera son bien conocidas: la *filosofía* y el *arte* (DV, p. 163). En la encrucijada de ambas, el *pensamiento urbanístico* juega un rol estratégico y puede ser considerado como una verdadera vanguardia capaz de orientar la revolución en las nuevas

condiciones sociales (revolución urbana) (RU, p. 215).

Si tales planteamientos se llevan hacia campos metafísicos lejos del modesto alcance del investigador, o, incluso, simplemente de las personas que están en contacto con los "problemas urbanos", se podría preguntar qué efectos específicos de conocimiento o de cambio produce esta perspectiva sobre el problema urbano propiamente dicho, a saber, sobre el espacio y/o sobre lo que puede llamarse institucionalmente lo urbano. Y es ahí donde se percibe plenamente el carácter profundamente ideológico de las tesis de Lefebvre, es decir, de su alcance *social* más que *teórico*.

En efecto, el espacio ocupa finalmente un lugar relativamente modesto y subordinado en todo el análisis. La ciudad, según una fórmula famosa y justa en lo esencial, proyecta en el terreno toda una sociedad, con sus superestructuras, su base económica y sus relaciones sociales (DRU, 147). Pero cuando se trata de especificar estas relaciones sociales, o mostrar la articulación entre la problemática social y espacial, la segunda se percibe más bien como una oportunidad de despliegue de la primera. Pues, el espacio, "es el resultado de una historia que debe concebirse como la obra de 'agentes' o 'actores' sociales, de 'sujetos' colectivos, que actúan por impulsos sucesivos... De sus interacciones, de sus estrategias, éxitos y fracasos, resultan las cualidades y "propiedades" del espacio urbano" (RU, 171). Si esta tesis significa que el espacio es producto de la sociedad, queda aún todo por explicar, en términos de modo de determinación específica. Pero ella va más lejos: indica que el espacio, como toda la sociedad, es siempre la obra inédita de esta libertad de creación que es el atributo del hombre, fuente de esta obra a través de la expresión espontánea de su deseo. Sólo si se adopta este absoluto del humanismo lefebvriano (cuestión personal de filosofía o religión) se puede orientar el análisis en ese sentido: ésta depende siempre de su fundamento metafísico...

Este espontaneísmo de la acción social y su dependencia del espacio, con respecto a él, se hace aún más claro si se recurre al análisis sincrónico que hace Lefebvre del espa-

cio urbano (RU, 129). Su piedra angular es la distinción entre tres niveles: Global o Estatal; Mixto o Urbano; Privado o del "Habitar". Ahora bien, lo que caracteriza la urbanización en la segunda fase crítica de la historia, es que lo Global depende de lo Mixto y que éste pasa a depender del Habitar. Es decir, concretamente, que es el *Habitar*, la *vida cotidiana*, lo que produce el espacio. Ahora bien, tal independencia de lo cotidiano implica rechazar el hecho de concebirla como sola expresión de determinismos sociales generales. Es expresión de la iniciativa humana, y ésta (es decir, los *proyectos de los sujetos*) es pues la fuerza productora del espacio y de la organización urbana. Se desemboca así, en la siguiente paradoja: ya que se hace de la práctica urbana el centro de las transformaciones sociales, el espacio y la estructura urbana son sólo expresiones transparentes de la intervención de los actores sociales. Es esta una prueba más de la utilización del término de urbano para expresar ante todo un contenido cultural (*la obra libre*). Pero, al mismo tiempo, se llega también a una conclusión mucho más grave, de que la perspectiva en su conjunto, no puede dar una respuesta específica a los problemas teóricos planteados por el tema del determinismo social del espacio y de la organización urbana.

Dicho esto, la "práctica urbana" comprendida como práctica de transformaciones de lo cotidiano, choca con numerosos "obstáculos en función de la dominación de clase institucionalizada. Así es como Lefebvre llega a proponer el problema del urbanismo como coherencia ideológica y como intervención represivo-reguladora del aparato del Estado. Este es el aspecto *crítico* del pensamiento de Lefebvre, siempre justo y brillante, capaz de descubrir las nuevas fuentes de contradicción. Gran parte de las implicancias sociales de la obra urbanística de Lefebvre derivan del rol *político* jugado por una crítica implacable al sistema del urbanismo oficial, crítica con la que no se puede más que estar de acuerdo y a partir de la cual es preciso ir siempre más allá dentro de la vía que Lefebvre tuvo el coraje de abrir.

Pero aún esta crítica ha sido vivida como problemática de la alienación, como oposición de la espontaneidad urbana al orden del urbanismo, en tanto que la lucha de lo

cotidiano contra el Estado, independiente (o por sobre) del contenido de clase y de la coyuntura específica de las relaciones sociales. No hay duda de que lo "cotidiano", es decir, la vida social regulada sobre todo por el ritmo de lo ideológico, puede ser expresión de nuevas formas de contradicción en una práctica social. El considerar que ella (lo "cotidiano", la vida social) es su *fuerza*, más que la expresión de las complejas relaciones de clase con la determinación económica en última instancia, trastoca la problemática materialista y parte de "hombres" más que de sus relaciones sociales y técnicas de producción y dominación.

Resta señalar que Lefebvre supo, por un lado, *ver* el surgimiento de nuevas contradicciones en el dominio cultural e ideológico; y, por otro, supo enlazar lo urbano a esta nueva complejidad del proceso de reproducción ampliada de la fuerza de trabajo.

Al hacer esto, abrió una vía que puede ser decisiva en el estudio de "lo urbano". Pero la cerró de inmediato al caer en un error denunciado por él mismo, al tratar en términos de urbano (e incorporar entonces a una teoría de las *formas sociales*) los procesos sociales que son connotados *ideológicamente* por el pensamiento urbanístico. Ahora bien, para tratar de superar este tratamiento ideológico del problema, sería preciso:

- 1) Delinear primero el tratamiento del espacio y el tratamiento de lo "urbano", es decir, del proceso de consumo colectivo en los diferentes niveles.

- 2) Proceder a analizar la determinación social de estos procesos, explicando en particular las nuevas formas de intervención de los aparatos del Estado en este campo.

- 3) Estudiar la organización del espacio como capítulo de la morfología social como lo propone Lefebvre, estableciendo la especificidad de tal forma, pero sin hacer de ella un nuevo motor de la historia.

- 4) Finalmente, y sobre todo, explicar los fundamentos sociales de la ligazón *ideológica* entre la problemática del espacio y la de la reproducción de la fuerza de trabajo (lo "cotidiano" para Lefebvre).

Ahora bien, comprometido en la empresa

de elaborar una nueva teoría de la utopía social (o si se quiere, del fin de la historia), Lefebvre encontró en la *forma urbana* una base "material" (un lugar) a la cual atribuir el proceso de producción de las nuevas relaciones sociales (lo urbano) por medio de la interacción de las capacidades creadoras. Así, sus delimitaciones y perspectivas, que abrieron rutas en este campo, se han situado en el flujo de una metafísica de la historia que suplanta el discurso teórico, para agregarse a la eclosión del espontaneísmo político y de la revuelta cultural que crece en las metrópolis imperialistas. Esta nueva ideología urbana puede, de este modo, servir a veces buenas causas (aunque no es muy seguro que el espontaneísmo sea una de ellas) pero encubriendo al tiempo fenómenos fundamentales aún difíciles de tratar en términos teóricos.

La veta teórica abierta-cerrada por Lefebvre ha sido retomada de manera pertinente por un grupo de reflexión urbanística, el grupo "Utopía" dirigido por Hubert Tonka, que llegó a definir la problemática urbana como "problemática del modo de reproducción del modo de producción"<sup>28</sup>. Pero, a diferencia de las tesis de Lefebvre, ellas no hacen de lo "urbano", concebido como cotidiano, el eje del desarrollo social ni el logro cultural de la historia. Por el contrario, centrandose su análisis en la sociedad capitalista, parten del estudio de la producción y de la realización de la plusvalía como medio para comprender la extensión de su lógica en el mundo del consumo, extensión que deriva, ella misma, del desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clases.

Más que reemplazar la problemática "industrial" por la problemática "urbana" es el camino inverso el que han seguido, haciendo depender enteramente los problemas de la ciudad de las formas y ritmos de las relaciones de clases y, particularmente, de la lucha política: "Los supuestos problemas de la ciudad no son más que la expresión más refinada de los antagonismos de clase y de la dominación de clases, que ha producido históricamente el desarrollo de las civilizaciones". La "urbanización" como política del poder se toma en el sentido de "civilidad",

es decir, como teniendo por objetivo esencial la pacificación de las contradicciones de clase. Tal análisis nos parece, sin embargo, que por una parte hace desaparecer completamente cierta especificidad de la articulación entre espacio y sociedad; y que por otra subestima las interacciones que se refieren a otros aspectos que no sean las relaciones políticas de clase, por ejemplo, las tentativas de reforma-integración o de regulación económica, etc. Es cierto, de todos modos, que en definitiva, toda acción social está marcada por su contenido de clase, aunque fracase en especificar las mediaciones.

Los varios análisis de *Utopía* han quedado sin continuidad en la investigación concreta, tomando en cuenta la perspectiva esencialmente crítica y de política cultural que el grupo se da —la que merece todo el apoyo y el estímulo de aquellos que a través de posiciones diversas están contra el orden urbano establecido. Sin embargo, ellos destacan el vacío de los problemas esenciales a tratar, am cuando no aborden el largo camino de mediaciones teóricas que hay que atravesar.

Pero si una perspectiva fecunda se abre, es aquella que se sitúa en la oposición de las tesis culturalistas y espontaneístas, es decir, abordando el análisis de regiones nuevas del modo de producción capitalista a través de la elaboración de herramientas teóricas adecuadas que especifiquen sin contradecir, los elementos fundamentales del materialismo histórico.

La ideología urbana es así superada y el tema de la cultura urbana en sus diferentes versiones debe ser tratado como mito más que como un proceso social específico.

Otro problema es el de la relación entre formas culturales y organización social del espacio, cuestión central para el urbanista y el arquitecto en la medida en que desconocen la influencia específica que ejercen en los comportamientos a través de las formas que ellos ayudan a generar. Pero un tratamiento científico de esa relación exige una redefinición completa de sus términos. Lo que quiere decir, a un nivel general, especificar los elementos y combinaciones que forman la estructura social del espacio: delimitar los contornos de la (o las) ideología y su ex-

<sup>29</sup> UTOPIE, Urbaniser la lutte de classe, Paris, 1970.

presión doble en las *formas* y en las *prácticas sociales*; y, en fin, establecer los mecanismos históricamente determinados de la relación entre estructura espacial y formaciones ideológicas.

Por el contrario, todo tratamiento global

de la cuestión a través de conceptos como los de "sociedad urbana" y sus derivados no lleva sino a identificar *una* forma espacial ("la ciudad", en toda su vaguedad) con la modernidad sociocultural, haciendo a ambas correlato indispensable del modo de producción capitalista.